

J. Héctor Jiménez Rodríguez **In memoriam ***

“Nadie es una isla completa en sí mismo; cada hombre es un pedazo del continente, una parte de la tierra; si el mar se lleva una porción de tierra, toda Europa queda disminuida, como si fuera un promontorio, o la casa de uno de tus amigos, o la tuya propia; la muerte de cualquier hombre me disminuye, porque estoy ligado a la humanidad; y por consiguiente, nunca hagas preguntar por quién doblan las campanas; doblan por tí”.

JOHN DONNE

José Héctor, maestro y amigo:

¿Cómo siquiera imaginarlo, hace tantos y tan pocos años? Convocado yo, el menor de todos, a la última cena; llamado por lazos entrañables a evocarte, a despertarte del sueño, para impedir que la memoria nos traicione; y llegado aquí, al pie tuyo, solo un enorme silencio me acompaña; y ante la tumba recién abierta, un inconmensurable vacío me conmueve y sobrecoje.

¡Cuánta orfandad! Cuánta orfandad la de tus hijos: Héctor, Jorge, hechos a imagen y semejanza tuya; Ángela, a quien parecía que solo le bastaba con amarte; Gladys, la madre de tus nietos más cercanos y adorados; Nancy, tan lejos cuando se mira a la distancia, pero tan próxima en el corazón; ellos, que hallaron en tí a un padre preocupado por su suerte y acogedor en el calor del hogar, en quien siempre encontraron sus brazos abiertos y con el que se podía jugar como en un carrusel de sueños.

* Discurso pronunciado por el Dr. RUBÉN DARÍO PINILLA COGOLLO en los funerales del Dr. J. HÉCTOR JIMÉNEZ RODRÍGUEZ, insigne Magistrado del Tribunal Superior de Medellín, profesor universitario y permanente colaborador de “Nuevo Foro Penal”, a quien queremos dedicar, a manera de homenaje, el presente número de la Revista.

Cuánta orfandad la de tu esposa, Blanca: compañera inseparable, anhelada siempre, como si no pasaran los años; de quien te bastaba escuchar la voz del otro lado del teléfono para hacer más dulce la diaria tarea de la justicia; de quien no exigías "más que el rostro del ser y el hechizo de la ternura en el corazón", porque eras de aquellos que, con el cronista, "pensaba que este mundo sin amor es un mundo muerto" y, más aún, lo practicabas.

Y la nuestra; la de todos los que en las aulas de la Universidad escuchamos tus lecciones y fuimos tus discípulos bienamados y que luego acogiste en el seno de la justicia; casi sin darnos cuenta, nos ibas moldeando con las manos como el alfarero amasa el barro y construye la obra que perdurará por siempre; y al final, reconocíamos en tí al padre y al maestro.

Aún ayer se me acercaban a decirme: Nos mataron al papá. ¡Y cuánta razón tenían! Al fin de cuentas, "el nombre es la bandera" y tú te llamabas José, como el carpintero, a cuyo lado se fue formando la imagen de Jesús, de cuyas manos sencillas y laboriosas surgió convertido en hombre.

Solo un corazón pródigo y generoso como el tuyo puede albergar a un tiempo a tantos hijos y quererlos entrañablemente; y ese corazón, que era lo mejor de tí, fue el que sin misericordia partieron en dos tus asesinos.

Con ello quisieron destruir el símbolo. Porque en esta Colombia de finales de siglo se asesinan los símbolos; los que son la imagen de la paz; los que son el emblema del valor y los principios; los que encarnan la esperanza y el futuro; los que representan lo mejor de lo que somos.

Tú eras uno de ellos; en Antioquia, entre nosotros, tú eras la encarnación de la justicia. No en vano le habías dedicado toda una vida con abnegación y sacrificio y recién habías cumplido veinticuatro largos años, casi un cuarto de siglo, al frente de ella en el Tribunal Superior, primero en Yolombó y luego en Medellín, como el Magistrado limpio, como el Magistrado recto, como el Magistrado sabio, al que siempre nos acercábamos para disipar con sus luces nuestras dudas. ¡Y cuánto brillaba tu palabra! ¡Y cuanto valía tu consejo!

Con suficientes méritos, entonces, te exaltaron al más alto honor: el de Magistrado de la Corte Suprema de Justicia.

Por eso no es menester preguntar por qué tú. No, en una época en que la justicia se volvió incómoda para quienes trafican con la juventud y con la vida, para los mercaderes de la conciencia, de los hombres y de sus destinos.

Eras, bien lo sabemos, el blanco fácil, el más indefenso, el desamparado por una sociedad que se acostumbra a vivir en medio de la opulencia y el poder de pocos, que abrió sus puertas y dejó crecer a su amparo a los traficantes de la droga, que convivió largo tiempo con los mensajeros de la muerte, casi sin pestañear siquiera, y que siempre olvidó a sus jueces.

¡Qué ironía! Asesinados por los unos y olvidados por los otros.

Esa es la tragedia de la justicia. Y aun así continua enhiesta. Y aun así continuará siendo patrimonio de Colombia mientras haya Magistrados y jueces como tú. Porque estamos vivos, porque no podrán acallarnos, porque no cejaremos en el empeño.

Frente a ellos, nos bastará repetir con León Felipe, el poeta prometeo:

"Ay del que se armó tan solo
para defender su granero
y no se armó para defender
el pan de todos primero.
Ay del que dice todavía
nos proponemos conservar lo nuestro".

Y recordar con Miguel Hernández, en el corazón:

"De dónde saldrá el verdugo
martillo de estas cadenas.
Que salga del corazón
de los hombres jornaleros.
De aquellos que antes de ser hombres
son y han sido niños yunteros".

¡Las campanas están doblando; y doblan por tí, Colombia, y por tus hijos!
¡Vosotros, nosotros, somos los jornaleros de la justicia. Y toda la patria entera!

No nos vamos a dejar ganar esta batalla, la de la desesperanza, ni vamos a darnos por vencidos; seguiremos creyendo en la paz y en el porvenir.

Para eso estás tú, y está y estará siempre, con quien lo creyera, tu alegría; aún recuerdo cómo te solazabas con el dialecto costeño, y cómo descendiste al filo de la medianoche a buscar la presa que no habíamos cazado, cómo recorrías el camino y casi retozabas en medio de nuestras sonrisas; y tantos momentos que el olvido no podrá arrancarnos.

En tí se hacía carne, y permíteme recordarlo de nuevo, él también fue testigo, la enseñanza que Miguel Hernández, reducido a la prisión, dirigía a su hijo:

"Desperté de ser niño,
nunca despiertes.
Triste llevo la boca,
riete siempre...
Defendiendo la risa
pluma por pluma".

José Héctor, maestro y amigo:

Déjame recordarte como signo del valor y la esperanza; esa esperanza "que impide a los hombres abandonarse a la muerte y que no es más que obstinación de vivir"; y ese valor que te permitiría decir, con el personaje de Hemingway, "entonces sal de esta cama; no hay sitio para mí, para tí y para tu miedo. Somos demasiados".

Y sobre todo, déjame recordarte como el símbolo de la vocación por la administración de justicia; ella te costó la vida.

José Héctor, maestro y amigo:

Perdona lo opaco de mi palabra, pero cuando se muere el maestro se empaña la luz; y déjame que te recuerde así, amigo, padre, maestro y símbolo, para no olvidar, para no olvidarte; para poder decir, al cabo del tiempo y de los años, con el personaje de Camus: "Hace ocho años que no puede decir que murió; solamente se borró un poco más que de costumbre, y cuando me volví a mirarlo, ya no estaba allí".

RUBÉN DARÍO PINLLA COGOLLO
Magistrado - Sala Penal
Tribunal Superior de Medellín